

Por lo demás, el presente trabajo está escrito en un estilo oscuro, que hace penosa su lectura, complaciéndose su autor en lo que muchas veces parecen juegos de palabras; he aquí literalmente transcrito, uno de estos párrafos (pág. 7): «*Berkeley... changed his mind about the mind. Mind minds mind... When Berkeley changed his mind, active mind made a change begin to be in passive mind; and when he changed his mind about the mind, his active mind changed his passive mind about somethig (may I say?) Protean. There is a minding mind, and there is a minded mind, and to call what is minded mind was in Berkeley's da (and still is) perfectly good and idiomatic English*». — M. ALONSO OLEA.

HAY (W. H.): *Berkeley's Argument from Nominalism*, en «*Revue Internationale de Philosophie*», 1953; fascículo 1-2 (págs. 19 a 27).

La posición filosófica normal respecto al mundo exterior al hombre es la de la afirmación de su existencia, con independencia de que sea apercebido o no por el hombre mismo; «casas, montañas, ríos y, en una palabra, todos los objetos sensibles tienen una existencia natural o real, con independencia de que sean o no percibidos por el entendimiento» (humano). La tesis de Berkeley, según sus intérpretes, es justamente la contraria: como objetos percibidos se citan, por ejemplo, manzana, piedra, árbol, libro; «pero ¿qué son estos objetos sino lo que nosotros percibimos por nuestros sentidos? y ¿qué percibimos nosotros sino nuestras propias ideas y sensaciones?»

Pero si se analizan los trabajos de Berkeley, su posición resulta ser aún mucho más radical; su solipsismo no es el puramente escéptico que envuelve la fórmula «nada existe excepto yo mismo», sino el aún más acentuado que intenta probar que decir que existe algo además de mí mismo es una *contradictio in terminis*. La más pura formulación berkeleyana sería la de «sólo puedo hablar de lo que está en mi mente, porque sólo es lo que está en mi mente».

A juicio de Hay, sin embargo, el propio Berkeley, en la última fase de sus elaboraciones, debió comprender que era su propio nominalismo el que encarraba contradicciones; parece ello

patente cuando se traslada la reflexión sobre la noción del yo de la posible existencia de otros yos; la contradicción parece salvarse mediante la afirmación de que «nosotros conocemos otros espíritus por medio de nuestra mente, que, en este sentido, es la imagen o idea de aquéllos»; y aún llega a afirmar Berkeley, en un conocido pasaje (*Principles of Human Knowledge*, parágrafo 140), que «nuestro yo es a los otros yos lo que el azul o el calor percibidos por mí son a estas mismas ideas percibidas por otros». La quiebra está en que un nominalista no puede hablar de azul o de calor como ideas percibidas por otros.—M. ALONSO OLEA.

BROAD (C. D.): *Berkeley's Theory of Morals*, en «*Revue Internationale de Philosophie*», 1953; fasc. 1-2 (páginas 72 a 86).

La ética de Berkeley estaba, al parecer, expuesta en el perdido manuscrito de la Parte II de sus «Principios»; esto hace que la fuente más importante sobre la materia sea el *Discourse on Passive Obedience*.

El problema ético surge en esta obra al tratar Berkeley de justificar su tesis de que la rebelión de un súbdito contra la autoridad suprema del país del que es ciudadano, siempre y bajo cualquier circunstancia debe considerarse como moralmente reprobable.

Dios trata de conseguir la eterna felicidad del hombre por procedimientos indirectos, y el fundamental de ellos consiste en «la observancia de ciertas leyes que, si son universalmente observadas, tienen, por su propia naturaleza, una esencial aptitud para promover la felicidad de la humanidad»; estos son los preceptos morales, y nunca y en ningún caso le es dado al hombre desobedecerlos, aunque le parezca perfectamente obvio que el seguirlos no será beneficioso para la humanidad, porque ello representaría una inadmisibile sublevación de la criatura contra el Creador.

Estas leyes morales no difieren grandemente de las llamadas leyes físicas; téngase en cuenta que el mundo externo (al hombre) es para Berkeley una serie de sensaciones que telepáticamente genera Dios en la mente humana; Dios, al hacer esto, libremente escoge el seguir unas ciertas reglas de secuencia y de coexistencia; y ellas son las que llamamos «leyes físicas».